

## *La indiferencia ignaciana*

*Cuna de la libertad*

Para introducirse en la experiencia ignaciana se puede comenzar por muchas entradas. Estas tienen que ver con temáticas típicas claves: el Magis, es una de las puertas más recurridas. Pero pudiéramos empezar, por ejemplo, por el discernimiento, por los tipos de oración, por la centralidad del Reino, por los criterios apostólicos... Se podría iniciar por presentar el criterio del bien más universal, el principio de vicariedad, el principio de integralidad, el principio de la fuerza de lo estructural etc. Obviamente también por los Ejercicios Espirituales o por el paradigma pedagógico ignaciano, etc.

Se me ha pedido, sin embargo, tomar el tema de la indiferencia ignaciana. La palabra “indiferencia” suele traer, por lo menos confusión, como si lo que se quisiera fomentar es un desdén, una falta de interés, una falta de compromiso, un ponerse al margen... “indiferente”... ¡como si me diera lo mismo!... Nada que ver con lo que realmente es “indiferencia” en la mentalidad de Ignacio. Como vamos a resaltar la indiferencia en Ignacio, *es la cuna; es la condición de posibilidad de la libertad; es la invitación a la libertad*, para soñar a la par de Dios, para acariciar su proyecto de vida para con la humanidad. Es entonces un caminar en articulación con la libertad de Dios. Una libertad que primeramente se ha manifestado en crear este mundo, en crearnos como personas y en darnos la posibilidad de no ser autómatas, sino con esa característica que de algún modo poseemos en común con Dios, aunque sea solo analógicamente: la libertad.

Pero ¿cómo pueden articularse esas libertades, la mía con la de Dios? Solo teniendo en cuenta siempre que “Dios es aquel, —dice Karl Rahner— que en su misteriosa libertad, trata conmigo, dispone de mí, pero lo hace de suerte que la absolutez divina no recorta mi autonomía, sino la potencia<sup>1</sup>.”

Es decir, la indiferencia me introduce a esa danza de libertades que provocan que se haga la voluntad de Dios: su proyecto fundamental, su Reinado. Un proyecto en donde como personas humanas no hemos terminado de realizarlo bien; sino todo lo contrario. Un proyecto que lo hemos desfigurado, donde lo que encontramos, es caos, corrupción, injusticia destrucción del ambiente... Como dice Ignacio en los Ejercicios: “mirar lo que dicen las personas sobre el haz de la tierra, cómo juran y blasfeman... después mirar lo que hacen las personas sobre la haz de la tierra, así como herir, matar” (EE, 107-108). Frente a todo este panorama tétrico, el grito de Dios es “*hagamos redención del género humano*”. ¡No es condenar ni a la humanidad, ni a esta tierra; sino redimirlas!

---

<sup>1</sup> Karl Rahner S.J., *Meditaciones sobre los ejercicios de San Ignacio*. Herder. 1971. 4ta. edición, pág. 20

Pero un Dios que, entonces, nos pide colaborar para que ese otro mundo que siempre ha soñado; sea de verdad posible sea realidad. Debemos de tomar en serio el plural, que coloca Ignacio, de ese verbo hacer: ¡Hagamos! Claro está que en el texto ignaciano es la Trinidad quien dialoga... Pero Jesús, nos invita a transformar todo esto al indicarnos, en el Padre Nuestro, que hagamos su voluntad y a que Venga su Reino. Para ello se requiere, un apasionarse por la tarea; poner en juego todo lo que puedo hacer de bien con mi libertad, sobre todo, para la decisión de aceptar ese reto de tan gran calibre.

Al leer el texto del Principio y Fundamento, nos topamos con un lenguaje drástico que es tremendamente impositivo: “Es menester hacernos indiferentes”; “debe quitarse” “ha de usar” (EE. 23). El texto demanda trabajo personal, está pidiendo mucha fuerza y voluntad. *Todavía no es el campo de la gracia, como tal.*

Además, todo el tono tiene una lógica implacable: “de donde se sigue”... No es el Ignacio que es mucho más vital y que implica más a la persona. No es el Ignacio, sobre todo, quien no pide ya ponerse con el Hijo —fruto solo de una voluntad—, sino “ser puestos con el Hijo”—fruto ya de la gracia—... Es decir, todo el vocabulario y el modo *del maestro de “la pasiva actividad”*, como clave espiritual está ausente de esta introducción... ¿Qué pasa acá entonces? ¿Por qué incita al voluntarismo y hacer lo que podemos y debemos hacer?...

Lo que está claro es que *la indiferencia, supone un esfuerzo y un trabajo personal, para erradicar de nuestro corazón todo lo que nos esclaviza y somete.* Llegar a la indiferencia implica un trabajo fuerte donde la voluntad ordene nuestra persona hacia ese fin. La indiferencia será después “aquella distancia de las cosas que hace posible mirarlas con la objetividad requerida para una decisión”<sup>2</sup>. En el fondo la indiferencia no es “que nos dé lo mismo” una cosa que otra, sino es *haber experimentado que “ser ligeros de equipaje,” (Machado) genera más felicidad!* Entonces es necesario poder contar con ella para elegir bien y sobre todo para poder tener espacios de libertad y gozar la libertad que nos hace ágiles. Como dijo Jesús: “hay mayor felicidad en dar que en recibir” (Hechos, 20. 35). En la indiferencia se da la contribución que ponemos de nuestra parte, lo que toca hacer para lo más importante: “Busquen el Reino de Dios y su justicia; lo demás se dará por añadidura”.

¿Qué está detrás de todo ese preámbulo tan aparentemente filosófico? Hay que decir que el texto lo redactó Ignacio en sus estudios en la Sorbona y hay aquí un dejo de todo ese léxico. Con todo, lo que está detrás es otra cosa y además, muy profunda.

Ignacio ama la libertad y ve en ella la condición de posibilidad de formar a la persona, en lo humano y sobre todo en lo espiritual. Pero se percató —desde su misma experiencia— de que estamos llamados a la libertad, pero *hay cosas que impiden el surgimiento, el uso y el gozo de la libertad.* Son las esclavitudes personales; son los legados de experiencias infantiles, de la adolescencia, que nos llevan a “hacer lo que

---

<sup>2</sup> Rahner op. cit. Pág. 28

no quiero”, como diría Pablo, o en las intuiciones de Ignacio, a vivir desde nuestras esclavitudes; desde nuestras “aficiones desordenadas”, como dice él. Esclavitudes que son personales, en primera instancia; pero que todos estos lastres están enclavados, en una sociedad y una cultura que fomenta la esclavitud y la adicción. Así de simple; ¡y ahora más que nunca!

Los estoicos, y los primeros padres de la Iglesia hablaron de la *apatheia* —su ideal— emparentado con las espiritualidades orientales, donde se pretende eliminar el deseo, como causante de la inquietud y el desequilibrio en el ser humano. No es este el talante de la “indiferencia” ignaciana. El hecho de no estar atado a nada que esclavice no significa que no se sienta que hay cosas que nos cuestan más que otras. Como dice Rahner, “no es posible ni justo sentir de igual manera el honor que el deshonor. Si alguien fuera así “sería estoico no un cristiano; la oración en el huerto nos muestra que no había apatía en el Señor”...<sup>3</sup>

Es obvio que Ignacio al colocar este preámbulo antes de que alguien haga los Ejercicios, está suponiendo de entrada, que la persona ya está trabajada, en lo profundamente humano, en su estructura psicológica más honda. ¡Si no, no habría posibilidad para la indiferencia! No en vano, a sus compañeros más íntimos, como Javier y Fabro, los trabajó casi por dos años, para que estuvieran preparados para estos ejercicios. ¡Qué diferente manera de “aceptar” candidatos para ejercicios, como se suele acostumbrar ahora! Qué manera tan distinta la nuestra, de dar los ejercicios, sin el requisito fundamental de estar en esta indiferencia. ¡Qué nos diría Ignacio; qué comentaría Fabro!

Ignacio coloca la indiferencia como la condición fundamental, porque en su pensamiento, la indiferencia, genera la libertad y le sirve para optar. Libertad que es lo contraria a la sujeción que nos provocan nuestros pasados, —vivir siempre con el modelaje negativo que se inculcó— y esclavitudes en que nos podemos ver imbuidos por adicciones a las que nos hemos ido amarrando. Libertad que se logra no por tener todo lo que puede apetecerse, sino todo lo contrario; libertad que brota de un desprendimiento profundo, que es precisamente la indiferencia que propone Ignacio.

Ahora bien, está claro que la libertad o su carencia, tiene un ámbito personal que exige liberación de todo lo que nos somete, de todo lo que nos ata, de todo lo que esclaviza. Estas esclavitudes tienen muchísimo que ver con las experiencias funestas de la niñez, de la juventud; que aún, no se hayan sanado, puesto que todas ellas, en el fondo, llevan después, a golpear y herir, por donde ha sido golpeada la persona. Y esto, lamentablemente, es un mecanismo inconsciente. No se quita con cursos, o teorías, no se desvanece con propósitos, sino tiene que drenarse y extirparse del cuerpo. Ignacio pasó todo el periodo en Monserrat, luchando con esos demonios interiores que casi lo lanzan al suicidio. Lo que es peor en estas herencias de nuestras heridas, es que sin duda han producido falsas imágenes de Dios; fetiches, con la correspondiente “culpa” malsana que termina de complicar la situación...

---

<sup>3</sup> ibíd.: 31-32

Al proponer tan drásticamente el Principio y Fundamento, Ignacio está suponiendo un esfuerzo personal, donde se ha tenido que hacer uso de la voluntad para hacernos libres. *Aquí no coloca todavía Ignacio la dimensión crucial de la gracia*, como será lo más normal en todo el trayecto de los Ejercicios. Ignacio está suponiendo un trabajo personal serio, donde se hayan combatido y vencido los enemigos internos. Ya santa Teresa hablaba también que para entrar en el castillo interior había que sacar primero a las sabandijas y alimañas. Aquí se tiene que dar una batalla muchas veces a brazo partido, para erradicar los fetiches de Dios y las culpas malsanas que drenan la vida y la contagian de temores y desequilibrios muy notables.

Todo esto, sin embargo, necesita de personas aptas que ayuden en esos tratamientos y que estén bien preparadas para estas tareas. De allí la necesidad de encontrar personal que pueda acompañar con ciencia —vocación— y discernimiento estos procesos cada vez más necesarios, por lo desquiciado de nuestras familias, grupos humanos y sociedades. Todo esto negativo parece que crece en progresión geométrica.

Hay por tanto, que liberarnos para ser libres. Liberarnos de los efectos de todo el aspecto vulnerado que ha marcado nuestro comportamiento. Pero tenemos también cosas que aunque son *negativas y oscuras, no provienen de los golpes de la vida*. Son aspectos que no terminamos de integrar, que no hemos sacado la ventaja de todo ello: *son las sombras*. La enfermedad, la vejez, el dolor físico, la muerte, no provienen de nuestras heridas. Con todo, si no se integran —sacándoles alguna ventaja—, son un peso muerto, un lastre, cuando pudiera ser todo ello potenciación interior. La formulación de Ignacio, cuando va colocando esas formas de sombras, es muy clara: “que no queramos de nuestra parte, más salud que enfermedad, riqueza que pobreza, honor que deshonor, vida larga que corta”. Nos está invitando a asumir las sombras que tiene la vida, puesto que integrándolas y apropiándolas se vuelven en potenciación nuestra. “Lo moderno de Ignacio es haber formulado las condiciones para el nacimiento y ejercicio de la libertad”.<sup>4</sup>

Pero la libertad o su carencia, tienen también una dimensión colectiva. Quizás esto todavía sea más cuesta arriba. No se puede liberar a la persona —o es más difícil— en un ambiente donde lo que rige es el odio, es la corrupción, es el egoísmo, es la violencia en todos los sentidos; es la guerra fratricida sin cuartel. En el fondo, la persona puede ser libre porque, como dice Gonzales Faus, tiene un norte —que es la libertad— que impide que una dimensión esclavice a las otras. Pero a veces no hay espacio para atisbar el norte, porque se está navegando en solitario... Es que la tarea de la humanidad de detener esa loca carrera hacia la autodestrucción de los seres

---

<sup>4</sup> Dominique Salin. Diccionario de Espiritualidad Ignaciana. Mensajero, Sal Terrae. 207 pág. 1127

humanos y la sobre explotación del ambiente, “resulta prácticamente imposible porque (se) es un auténtico esclavo, en un mundo de esclavos”<sup>5</sup>

Esta visión de Ignacio nos hace tomar en cuenta lo dependientes que estamos de nuestros entornos culturales, sociales, étnicos; de nuestros prejuicios, de nuestros paradigmas (machismos, racismos, clasismos, sexismos, etc.) que están cimentados, a su vez, en estructuras socioeconómicas y políticas que nos intentan moldear a su antojo. Por lo cual, como dice el Principio y Fundamento, “*es menester hacernos indiferentes*” (EE.23). Somos responsables de esa “liberación” personal y colectiva. Es necesario, hacernos constantemente libres. ¿Cuánto dedicamos nosotras y nosotros, a destrabar nuestras adicciones, nuestros miedos, nuestras esclavitudes? ¿Cuánto recurrimos a personas que puedan ayudarnos para ello?

Aunque todo el tono del Principio y Fundamento es desde lo que yo puedo y debo hacer, con todo, la indiferencia profunda; *la libertad en un grado relevante, ya es efecto de la fuerza de Dios* que me ayuda; aunque solo intuya su apoyo. Por eso Pablo puede decir: ¡Cristo nos liberó para que fuéramos libres! Es decir, aunque Ignacio pretende mandarnos a generar la indiferencia como base de la libertad, como esfuerzo propio; en el fondo, está consciente de que *hay unos niveles que solo los alcanzamos por gracia*. Sucede como en las dimensiones básicas de lo cristiano en armonía con los valores humanos. La dignidad de la persona, a nivel cristiano se enriquece captándose como hijas e hijos de Dios. La tolerancia y el respeto a lo diferente, es el nido donde puede acaecer la gracia de las entrañas de misericordia. La justicia tiene una sublimación en la palabra símbolo del Reinado de Dios.

También ya en lo espiritual, donde “todo es gracia” (Bernanos), hay que *tener cuidado con embelesarnos con nuestra libertad*. Hay que tener cuidado con esa libertad para no caer en libertinaje, dando rienda suelta a nuestras pasiones... que nos vuelven adictos y esclavos... (Gal 5,13). Por eso la lucha por la indiferencia; por la libertad, es una conquista constante. Es el ámbito en donde el Enemigo, el Mal espíritu, que llama Ignacio, se aprovecha enviando tretas, trampas, pero disfrazadas de bien. *Sub Angelo Lucis*, revestidas de Ángel de Luz. Allí es donde *brotaba la necesidad del discernimiento*, especialmente cuando dice Ignacio, que la persona va de “bien en mejor subiendo”...

Encontrada la libertad que produce la indiferencia con la liberación de las esclavitudes, *lo que queda y brota, es el amor*. Esto es lo que le da un peso diferente a todo este quehacer. Como dice Agustín: *Amor meus, pondus meum, eo feror quocumque feror*: “El amor es mi peso; voy a donde me lleve”. *Ya no es, entonces la libertad la que me impulsa, sino el amor en concreto*. El “fiel de la balanza” del que habla Ignacio no está inmóvil, se inclina ya en quien amo; en Jesús. Pero no un Jesús desencarnado, sino quien se ha quedado con nosotros a través de los débiles del mundo, a través de los

---

<sup>5</sup> Gonzales Faus J.I., “De la indiferencia al tercer grado de humildad. Notas para una cristología de la libertad. Revista Latinoamericana de teología. San Salvador, 5ºpág. 40. Agradezco a José Ignacio el aporte que me ha brindado con este breve pero enjundioso artículo. Me ha orientado e inspirado, como siempre, para escribir este artículo. Muchas gracias de verdad.

hambrientos, a través de los sedientos y desnudos. *Desde allí se nos hace la convocatoria.*

El esfuerzo es *aprender a ser libres* a nivel personal, pero tomando en cuenta la implicación que tiene la estructura ideológica, cultural, social, económica y política en el uso de nuestra libertad individual. Y si podemos ser libres, ¡debemos intentar serlo! Con todo, es difícil, ser libre a solas; es difícil experimentar individualmente la libertad. Es también el ámbito social el que está implicado para atraerme al mal; para hacer el mal que no quiero, que decía Pablo.

De allí que como muy bien ha resaltado Freire:

“Jamás seremos libres solos; solo seremos libres juntos. Mi libertad crece en la medida en que crece también la tuya y conjuntamente gestamos una sociedad de ciudadanos libres y liberados. Mi libertad comienza, entonces, cuando empieza también la tuya. No donde termina la tuya”.

*La llamada a la “indiferencia” por tanto, es obtener la libertad personal y colectiva como base del quehacer humano elemental.* Tenemos entonces unas tareas primordiales como personas. Solo al hacernos indiferentes, es decir libres, podemos entender que “El hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor, y mediante esto salvar su ánima”. Estas palabras pueden sonarnos fuera de época. No hablamos así actualmente. Una traducción más adecuada y con el mismo propósito sería comprender que bíblicamente el *servicio de Dios*, es colaborar a hacer realidad el proyecto de Dios: El Reinado de Dios; que otro mundo es posible. La *alabanza a Dios*, en plena raigambre evangélica es que la humanidad tenga vida ¡*Homo vivens!*! He venido para que tengan vida en abundancia. Lo de *la salvación eterna*, como señala también Gonzalez Faus, es la plena realización de la persona<sup>6</sup>. Así traducido el Principio y Fundamento, tiene tremenda importancia y garra; nos suena a Evangelio. Ya Monseñor Romero tradujo radicalmente estas tareas al decir que la alabanza suprema a Dios es que los pobres tengan vida. Allí se unifican las tres dimensiones.

Si la libertad personal se pinta costosa; la libertad colectiva aún más. Pero ambas cosas son condiciones de posibilidad del sueño de Dios: que otro mundo sí es posible. Esto es el corazón del Evangelio y del proyecto de Jesús.

En esta tónica, *la búsqueda de la voluntad de Dios*, que suele ser una dimensión muy importante en la vida del creyente, por lo menos se hace más clara. La voluntad general de Dios está cifrada en su proyecto. Esto es para toda la humanidad. Lo que se debería pretender siempre es una sociedad inclusiva, que produzca vida digna para todas y todos, que se respete la naturaleza y donde, como dice el Popol Vuh, “que todos se levanten, que nadie se quede atrás”. ¡Todos juntos a transformar el mundo en un buen lugar para vivir; la Eutopía!

---

<sup>6</sup> Gonzalez Faus, Ignacio. op. cit. Pág. 41

Lo que tenemos que dilucidar no es esa voluntad de Dios básica —ya nos la ha definido— sino cómo cada quien debe colaborar desde su manera de ser, desde sus plataformas, a trabajar para que ese Proyecto acaezca de verdad. Para eso es básica la indiferencia que “exige la distancia existencial y efectiva que libera a la voluntad incluso de las pre decisiones anteriores” <sup>7</sup>

*Ante el modo como está el mundo*, descrito muy gráficamente en los EE (107, 108) donde hay guerras, muertes, injusticias, etc., la Trinidad, dice Ignacio, *decreta “hacer redención del género humano”*. Pero la manera de realizar esa redención radicalmente, es *“obrando la santísima encarnación”*. Es decir, esto nos da el talante de lo que debe ser mi modo de contribuir a la voluntad de Dios básica, *“encarnándonos”* en el dolor del mundo, en los sufrimientos que piden a gritos una transfiguración de todo lo injusto, lo malo, lo corrupto en algo totalmente diferente. Pero buscando encontrar en todo lo desvalido y débil del mundo, a esa persona que nos ha tocado el corazón que es el mismo Jesús y su proyecto. Vamos al encuentro de los enfermos y de los pobres porque pretendemos encontrar allí el rostro de Jesús. *Y queremos consolarlo “como unos amigos consuelan al amigo”* (EE.224)...

La *tentación* en todo este proyecto es que *no se ven avances del bien*, sino más bien potenciaciones del mal... Y es que el proyecto del Reino se va acercando poco a poco; no se da de una vez. Hay logros, hay retrocesos... Como dice Gonzales Faus los *avances se van dando “en la medida de lo posible en cada momento”*. Recordemos que lo imposible se logra viviendo apasionadamente lo que sí es posible. El papel de la esperanza es fruto, en cristiano, de la convicción de la resurrección de Jesús. Señala el autor citado, que la utopía solo podrá abrirse paso a través de mediaciones siempre lentas e insuficiente, pero que son las únicas posibles. <sup>8</sup>

San Ignacio para todo este proceso nos provoca una espiritualidad que puede ser vivida solo si se manejan bien las *paradojas espirituales*. “Hacerlo todo como si depende de nosotros, sabiendo que en definitiva, depende absolutamente de Dios”. No amedrentarse ante las grandes empresas, pero ser capaz de estarse en lo mínimo, eso es de Dios... *Non coarctari máximo, contineri tamen a minimo, divinum est*. Ser contemplativos en la acción; la máxima inculturación y fidelidad al Evangelio; atender problemáticas estructurales, y acompañar prolijos procesos personales...

*Esta espiritualidad de paradojas se va fraguando en los Ejercicios Espirituales*, cuando lo que toca hacer y desempeñarse bien en ello, es en la “pasiva actividad”, que se da en la experiencia de la oración. Tengo que poner mucho de mi parte, sabiendo que es Dios quien obra. Pero no puedo descuidar lo que me toca no puedo dejar de hacer énfasis en ambos polos... El refrán sencillo castellano: “A Dios rogando y con el mazo dando”.

---

<sup>7</sup> Rahner, op. cit

<sup>8</sup> Gonzalez Faus. op. cit. Pág. 43.

En todo el proceso de Ejercicios es muy importante el manejo que Ignacio hace sobre los “deseos”. Esta búsqueda de la libertad y de la indiferencia —que es su cuna— está muy ligada a los deseos. Pero hay que precisar bien este aspecto. Ignacio cultivó mucho el tema de los deseos. Fue un gran maestro en ello. A quien quiere entrar en el noviciado se le pregunta si está dispuesto a sufrir vejaciones, persecuciones y dificultades por ser jesuita... Si el candidato experimenta miedo o imposibilidad de desear todo eso, se le pregunta, sin embargo, si estaría dispuesto por lo menos a “desear, desear”. Esto no es un retruécano... Si el candidato afirma que está decidido, Ignacio le da entrada pero le pide que por lo menos, en la comunidad esté dispuesto a llevar las dificultades que entraña la vida comunitaria (Constituciones: 101-102)... Aquí el “*desear desear*”, desbloquea a la persona. El deseo es una sensación tremendamente rica y fuerte. Así como el miedo, sobre todo el pánico, paraliza; el deseo lanza, y proyecta. Por eso Ignacio establece toda una escuela y proceso de deseos. Este atreverse a desear desear, constituye el *primer escalón en la escuela de deseos*.

En los Ejercicios, el proyecto del Reino, suscita que quien oye la invitación de Jesús, haga ofrecimientos de mucha trascendencia e importancia sobre seguir a Jesús (EE. 97). *Aflora el deseo paladino* de ponerse en total disposición —*segundo escalón*— “Yo quiero y deseo y es mi determinación deliberada” (EE. 98). Pero en seguida, lo que sugiere Ignacio —*tercer escalón*— es que el que hace los ejercicios esté claro que solo es posible estar bajo la bandera de Jesús “queriéndome vuestra santísima majestad elegir y rescibir en tal vida y estado” (EE 98). Y en “Tres maneras de humildad”, (EE, 168) —otro de las consideraciones de los Ejercicios— lo que Ignacio incita a demandar, en la misma tónica, es que “*sea recibido* debajo de su bandera” (EE.147). *Haber sido llevado hasta acá, es haber captado, como gracia, la “activa pasividad” en la vida espiritual*.

Es verdad que el deseo, puramente a nivel psicológico, termina cuando se sacia el deseo —Ortega—. Esto, sobre todo es muy claro en un nivel humano. Pero en lo que respecta a lo de Dios, el deseo divino, nunca se termina de satisfacer porque lo de Dios sobrepasa siempre. ¡*Deus Semper Maior*! Dios es siempre mayor; siempre más. Y a lo que nos invita Ignacio, es a desear ser puestos con el Hijo; a lo que nos convida Ignacio es a tomar partido por el gran deseo divino, que es una humanidad nueva y un mundo bueno para vivir. Ese deseo no terminará de saciarse porque *solo se va alcanzando, como gracia, con metas muy humildes, cada vez*. Esto es realmente haber encontrado la perla preciosa. *Haber experimentado la “pasiva actividad”, se torna en la piedra fundamental de la vida en el Espíritu*. Mi voluntad es mi contribución; el gran resultado es ya fruto de la gracia.

Con todo esto, se entiende que la conclusión del Principio y Fundamento es “solamente deseando y eligiendo lo que más nos conduce al fin que somos criados”. Y de allí se deduce la famosa fórmula de “tanto cuanto”. Pero el no estar atados constantemente es lo que garantiza la genuina libertad, cuyo despertador es la



indiferencia: “Este desapego de las cosas exige una continua y reiterada conquista”<sup>9</sup>. Esto supuso en el mismo Ignacio *un proceso gradual de libertad*. La autobiografía es testigo de la evolución de la libertad en Ignacio. En el comienzo *el ánimo de Ignacio estaba como ciega, “aunque con grandes deseos de servirle”* <sup>10</sup>. El papel que jugaron las crisis de escrúpulos en Ignacio fue el crisol de su espiritualidad y de su libertad.

La libertad así conseguida de manera personal, se traduce en el ámbito ignaciano en “*disponibilidad para hacer, como diría Ignacio: “lo que es menester”*, lo que toca hacer... Y eso implica analizar la realidad con sus concreciones específicas. Esta disponibilidad constituye la identidad del jesuita y de quien tiene la espiritualidad ignaciana cuya meta debe ser siempre “ordenar su vida sin determinarse por afección alguna que desordenada sea” (EE. 21).

Esta libertad que tiene sin embargo una finalidad, en Ignacio, debe estar presente siempre. Existe un texto de San Ignacio —poco conocido— que también nos habla de la libertad, pero nos dice cómo ejercerla ya en la acción de la misión. Se la dice a un jesuita junto con otras reglas de comportamiento en el trabajo apostólico: (cita de Chércoles):

“Conserva la libertad en cualquier lugar, y ante cualquiera, sin tener en cuenta a nadie; sino siempre ten libertad de espíritu ante lo que tienes delante; y no la pierdas por impedimento alguno: nunca falles en esto”.<sup>11</sup>

De todo esto brota, como totalmente natural, la oración de Ignacio al terminar los Ejercicios Espirituales:

“Tomad Señor y recibid, toda mi libertad, mi memoria mi entendimiento y toda mi voluntad. Toma mi haber y poseer; vos me lo distes, a vos, Señor, lo torno; todo es vuestro, disponed a toda vuestra voluntad. Dadme vuestro amor y gracia, que esta me basta”. (EE. 234).

Carlos Rafael Cabarrús S.J.

---

<sup>9</sup> Rahner, op. cit. 29

<sup>10</sup> Dominique Salin op. cit

<sup>11</sup> Son poco conocidas unas reglas presentadas en el volumen XII de las cartas de Ignacio, en el Apéndice 6, pág. 678-679. Son siete reglas que describen actitudes que pueden traducirse en normas concretas de comportamiento. Podríamos definir las como el gran “presupuesto” de todo jesuita si quiere ser instrumento válido para la misión. Debemos este descubrimiento al P. Chércoles, S.J Presentamos la 5a. de estas reglas.

## Epílogo

Con este trabajo presentado, se da una justificación contundente a la manera nuestra de hacer ver cómo la condición básica para entrar en el proceso de Ejercicios Espirituales, requiere de una buena preparación psicológica (no se habla acá de “retiros ignacianos” cortos, —fin de semana— que pueden ayudar a aproximarse a la experiencia de los Ejercicios, que serían por lo menos de unos 10 días). En el modelo que hemos ido creando, el Taller de Crecimiento Personal (TCP) debe *preceder* a toda la ulterior formación. De este se pasaría al Taller de Conversión Espiritual, es decir, los Ejercicios Espirituales (TCE). Y luego al Taller de Compromiso Histórico (TCH). En donde lo que se pretende es “hacerse cargo” de la realidad empecatada para colaborar a la construcción del Reinado de Dios. El entrelazamiento está muy bien promovido por Ignacio que comienza por el Principio y Fundamento, y luego entra al proceso de conversión espiritual, a través de toda la experiencia del pecado y del perdón, y cómo de allí, el seguimiento de Jesús lleva a lo que ya se esboza también en el Principio y Fundamento: la centralidad del Reino que es colaborar a que otro mundo sea posible con personas nuevas y un cambio civilizatorio.